



EXPERIENCIAS DISIDENTES

INDICE

LA LECCIÓN DE LOS ESTUDIANTES	2
CUERPOS E IDENTIDADES	4
INFANCIAS Y FAMILIAS	16
ESCUELA	23
CURSO	28
SEXUALIDAD	32
HOMBRES.....	41
VIOLENCIA.....	47
RESISTENCIAS COLECTIVAS	52
AUTORXS	56

LA LECCIÓN DE LOS ESTUDIANTES

Este libro es el resultado del trabajo de estudiantes del curso *LGBTQ+, disidencias sexuales y feminismos*, que impartí el segundo semestre del año 2022 en la Universidad de Santiago. Durante el curso, cada estudiante llevó una bitácora en la que escribía sus respuestas a los materiales que veíamos y leíamos y conversábamos cada semana. Respuestas en forma de poesía y cuento, de crónica y testimonio, de reflexión crítica, carta o manifiesto. Lo que quisieran escribir.

Lo que presentamos aquí es una compilación de fragmentos de esas bitácoras, ordenados en torno a los ejes temáticos que resaltaron más intensamente: cuerpo e identidad, infancia y familia, escuela, sexualidad, hombres, violencia y resistencias colectivas. Llamará la atención de algunxs que “hombres” sea una categoría y no lo sea “mujer”. Esto es, pues, porque al contrario de lo que ocurre en general, donde “mujer” es una categoría literaria, audiovisual, de prensa y de productos de todo tipo (hasta té hay para mujeres), aquí lo por defecto es la mujeridad. Lo otro, lo distinto, lo que se observa desde el lugar propio en este capítulo, es al hombre heterosexual.

La mejor manera de presentar a estxs jóvenes es contarles lo que traen a estas páginas. Traen talento. Traen rabia y buenas razones (a quien lo dude, le invito a suspender su juicio hasta terminar de leer). Traen ganas de ayudar a otrxs y sabiduría para lograrlo. Traen orgullo por lo que han logrado en sus vidas personales y en sus resistencias colectivas. Traen alegría por ser quienes son y tristeza por lo que se les ha negado.

Nos hablan de sus estrategias para sobrevivir en ambientes familiares y escolares muchas veces hostiles. De las redes de apoyo que han encontrado en el feminismo y en las comunidades disidentes. De sus rebeldías, de sus victorias y derrotas. De su gratitud hacia las personas y los espacios que les han permitido sacarse de encima la vergüenza y el miedo.

Se conmueven por los asesinatos y suicidios sociales, especialmente de niñxs, pero no se impresionan, porque en estos acontecimientos extremos ven reflejadas sus propias vivencias de menosprecio y soledad. Algunxs se preguntan si les convendrá o no salir del clóset. Se responden, mayoritariamente, que sí, porque confían en que allá fuera hay un futuro (otros mundos, otras comunidades, otras familias) esperándoles. Y las que no pertenecen a minorías sexo-genéricas, conscientes de sus privilegios, se comprometen también a trabajar por construir un futuro distinto para todxs.

Fantasean con un pasado en el que no se hayan visto empujadxs a negarse a sí mismxs. Muchxs estudian pedagogía y sueñan con escuelas no-violentas, con una educación amorosa, comprometida con la diversidad, capaz de contribuir no sólo al conocimiento sino también al cambio social y al gozo. Otrxs estudian psicología, relaciones internacionales, periodismo, traducción. A todxs ellxs les agradezco la confianza que me han dado para hacer esta selección y editarla. Y, en general, la experiencia que hemos compartido.

Mi tarea fue proveer el espacio, invitarlxs a participar, buscar materiales que pudieran interesarles, ordenar las conversaciones. Pero el resto lo hicieron ellxs. Y porque aprendí un montón puedo decir con toda certeza que lo que se enseñaron entre sí fue al menos tan relevante como lo que pude enseñarles yo. Por eso mismo, al leer sus bitácoras pensé de inmediato que muchas personas que viven o trabajan con jóvenes podrían sacar de su lectura más de alguna lección. La experiencia, la sabiduría, el talento y la creatividad contenidas en este libro serán un aporte para quienes quieran y sepan escuchar.

La decisión de firmar el texto de manera colectiva se debe a que este libro es más que la suma de sus partes. Sumados, estos extractos hacen un texto nuevo, que es producto tanto del esfuerzo de cada unx frente a la pantalla, como de las conversaciones que hemos tenido durante estos meses de trabajo.

Josefa Ruiz-Tagle

CUERPOS E IDENTIDADES

“¿Qué te hace hombre, Pedro?, me preguntó Azul. “No te entiendo”, le dije. Pero ella insistió: “Eso. Dejando de lado lo que tienes entre las piernas, ¿podrías decirme qué te hace definirte como hombre?” Pensé que la pregunta sería algo simple de responder, pero no pude. Durante mucho tiempo pensé en este asunto. Quizás porque mis padres me criaron para que la forma en la que pienso, me visto y me presento ante los demás, sea la de un hombre. O tal vez estaba codificado para identificarme así. Empecé a cuestionarme si realmente me consideraba un hombre. No cabía dentro del estereotipo del hombre masculino, fuerte y dominador. ¿Qué era entonces el ser hombre? Ya no estaba seguro. Hoy en día no creo que tenga que tomar cada aspecto de lo que se asocia a ser un hombre para serlo. Las personas nos vamos construyendo en base a las experiencias que vivimos y las reacciones que estas nos provocan. No tenemos que rescatar la totalidad de un concepto tan amplio como la masculinidad o la feminidad para definirnos, podemos tomar los aspectos que más se adapten a cómo queremos habitar esos espacios. No creo que deba cumplir con una especie de “lista de requisitos” para ser hombre, mujer o lo que sea. Yo mismo puedo crear un espacio habitable para mí, vivirme implica armar mi propia identidad como un rompecabezas en el que puedo cambiar las piezas de lugar o reemplazar unas por otras para generar la imagen que quiero ver de mí mismo a lo largo de mi vida.



Me identifico y me concibo como una mujer; no obstante, me surgen dudas, no sobre mi identidad, sino sobre el origen de esta. ¿Me identifico como mujer por mi sexo biológico? ¿Porque la sociedad me lo impuso a través de la crianza? ¿Porque es lo que se me ha enseñado durante toda mi vida? ¿Qué es una mujer? ¿Qué características se deben poseer para identificarse como tal? ¿Qué definición de «mujer» es más certera? ¿Es más mujer aquella que se depila, usa tacones y se maquilla que la que no es vanidosa, le gusta el fútbol y disfruta libremente de su vida sexual? De forma consciente me refiero aquí a la «mujer» en singular, encubriendo las diversidades. Mujer es aquella cuyo sexo biológico es femenino, que es ama de

casa, que tiene hijos, que replica patrones machistas, que es católica y heterosexual. Mujeres son todas aquellas que se sienten como tales, incluidas las madres solteras, las lesbianas, las mujeres trans, y todas aquellas que salen de la tradición y viven su vida sintiéndose mujeres.



Mi identidad de género es incierta. A veces me siento tan masculino como Apolo surcando los cielos en su carro de fuego; otras, tan femenino como la diosa de la luna sentada sobre un lago, flotando con sus habilidades sobrenaturales. Hay días en los que me siento todo y nada a la vez. Por eso he llegado a la conclusión de me identifico como un alma astral, moviéndome por la tierra y el espacio, cambiante, siendo a veces una cosa, y otras, todo y nada, creación y destrucción complementándose, como estaba escrito en las estrellas desde hace millones de años luz.



He vivido adecuándome a lo que el resto me llamaba: capitán, pirata, mercenario; hombre, macho, mujer, señorita y "eso". He tenido confusión, certeza, molestia y sorpresa. He sido nombrado infinitas veces, nunca con mi consentimiento, siempre asumiendo.



Sin duda es complejo, porque las lesbianas y bisexuales no terminamos de "ganar terreno" cuando la historia se salta tres capítulos y se pronuncian un montón de identidades. Entre ellas, las de quienes rechazamos el binario y el género.



En la actualidad me identifico como un intermedio entre mujer y no binarie; con una expresión de género que varía entre lo femenino y lo andrógino; con características sexuales femeninas; y bisexual, con preferencia por mi mismo género.



Me considero una persona no binaria. Eso significa, para mí, que rechazo el binarismo de género, pero que yo lo rechace no lo borra del mapa. Para mí es una identidad política, no es un sentir. No sé qué es sentirse mujer ni qué es sentirse hombre, tampoco sé qué es sentirse una persona no binaria, no lo sé y no me interesa saberlo o sentirlo, no sé. Ojalá en el futuro las personas puedan sentirse libres por ser quienes son, independiente de aquello con que hayan nacido entre las piernas, que su crianza y su posición en el mundo les haga sentirse bien. Pero una identidad no binaria no puede homogenizar. Aunque *qué paja* admitirlo una persona no binaria con algo entre las piernas es distinta a una persona no binaria con algo otro entre las piernas. Ese ha sido un énfasis para la sociedad, hacer una distinción sexual. Del que no puedo (y a veces no quiero) escapar. No puedo rechazar mi crianza de mujer, mi condición de mujer, mi ser mujer antes lxs otrxs, no puedo rechazar mi ser mujer lesbiana, mi ser mujer bisexual, mi travestismo verdadero y en el fondo falso.



Conocí a una niña en mi colegio, se llamaba Amanda, nos gustamos, nos enamoramos y en junio de ese año me pidió pololeo, obvio le dije que sí. Tuvimos una relación de cuatro años, pero una relación lésbica solo hasta el 2019, porque ese mismo año me dijo que se sentía hombre. Lo primero que sentí cuando me lo dijo fue pena, pero no pena de enojo, sino pena de nostalgia. No me costaba entender lo que le estaba pasando y nunca se me pasó por la cabeza terminar. Sentía pena porque su nombre, sus pronombres, y su expresión de género habían sido parte de nuestra relación, y de mi descubrimiento como mujer lesbiana. Ahora todo eso iba a cambiar. No podría decirle más "Amanda", el nombre que usé para hablar con mis amigas sobre una niña que me estaba gustando, el nombre que usé cuando salí del closet con mis papas, el nombre que decía cuando me preguntaban el nombre de mi polola, el nombre con el que la llamaba y la buscaba en el chat para decirle "te amo". Su nombre, sus pronombres, su expresión de género, cargaban con una historia que compartíamos y que a partir de entonces se transformaría. Me preguntaba: ¿sigo siendo lesbiana?, ¿me dejará de gustar si ya no es una mujer?. Me respondió que ella seguía siendo la misma persona, y que la amaba por sobre cualquier cosa, incluso si la etiqueta de lesbiana me empezaba a quedar chica. Pasó el tiempo y la costumbre se hizo la norma. Durante el último año que estuvimos juntos, tuve pololo, se llamaba Bastián, y las

preguntas sobre mi sexualidad quedaron en pausa. Me identificaba simplemente como una lesbiana a la que el universo no dejó tener una relación lésbica por mucho tiempo, pero que estaba muy feliz y enamorada de su pololo trans. Una etiqueta bastante personalizada, que no se encontraba en internet.



La intervención médica en vidas humanas no capacitadas para decidir (como les recién nacides intersex) es el gran ejemplo de una consciencia (o inconsciencia) biológica determinista que nos moldea como dos sexos opuestos y complementarios, delimitando cómo debe ser nuestro género (hombre o mujer) y nuestra sexualidad (heterosexual). El resto es lo que no pertenece y no se adapta a esa consciencia (o inconsciencia) y por lo tanto es extraño o decididamente una amenaza. La intersexualidad de los cuerpos se comprende como una falla biológica y sus experiencias, como inexistentes.



Era difícil explicarle al profesor lo desagradable que era escuchar su nombre muerto cada vez que pasaban la lista en el colegio. Ya era cansador decirle que sus pronombres no eran femeninos. La cosa no mejoraba al llegar a casa, por aquella mirada de decepción de esa mujer canosa que lo hacía sentir el peor hijo del universo por “hacer pasar a su vieja madre por esto”. Quizás debía bajar sus expectativas. Buscaba ser percibido como lo que él sabía que era, un hombre. Buscaba que lo respetaran, así como respetaban al resto de sus compañeros. Buscaba el amor de su familia y amigos. ¿Era eso pedir demasiado?



Nunca olvidaré cuando fui a un centro comercial a buscar bermudas y una vendedora se acercó a decirme que estaba en el sector equivocado, que el piso de hombres estaba arriba. La rabia que sentí en ese momento fue tan inhóspita, y notoria, que ella se acercó a preguntarme: *¿Y tú que eres?*



Un cuerpo no nos hace más hombres o más mujeres, sólo nos hace personas.



Un cuerpo es lo que habitamos, donde nos desarrollamos, donde crecemos. Para algunas, un cuerpo significa un hogar, un espacio que les ayuda a expresar quiénes son. Para otros, su enemigo más grande, su dolor más intenso, su tortura, su castigo. ¿Por qué nos enfrentamos a realidades tan distintas si todes somos humanos?



En rechazo a los roles de género y en honor a la desnudez, invocamos el Manifiesto Intervesti. Porque si de ser travesti se trata, rechazamos el XX y el XY, y desacreditamos por completo la espiritualidad femenina y masculina. No sabemos qué es sentirse hombre ni qué es sentirse mujer: *"No se nace mujer, se llega a serlo"*, aunque en estricto rigor, solo se nace y nada se nace en concreto. ¡Nos identificamos con lo que tenga vida! [aunque el lenguaje sea pobre y este medio muerto], porque después de la piel estamos todes travestides. La ropa marcial y maricona es solo una bella gama de colores, la cromática musical escala. Un niño delicado, una niña salvaje. La ropa no tiene género: nos tapa del frío, del sol y la boba vergüenza. El intervestismo es un regalo; un milagro metafísico. ¡Entender la ropa como metáfora! Del alma y de la plata: un encuentro entre dos mundos. El paso del ser al no-ser, al primer género: la piel.



El llanto no cesa. Quiero a mi mamá, es la única persona que puede contenerme en situaciones como ésta. El llanto no cesa. Quiero a mi mejor amiga, ella siempre hace lo posible para protegerme. El llanto no cesa. Escucho a unos estudiantes hablar de mí. *"Va llorando el travesti"*, dicen en tono burlesco. El llanto cesa. Me paro en seco. Me miran por utilizar unos shorts de cuerina apretados y una chaqueta de arcoíris, que esconde el *crop top* rosado que llevo debajo. Pienso en mis amigos, en mis compañeres, pienso en mí. Me pongo los audífonos, subo el volumen al máximo y busco la canción másailable. Mientras el ritmo comienza a apoderarse de mi cuerpo, me saco la chaqueta sin miedo y deslumbro a todes les espectadores con mi

prenda rosa llena de brillos. Camino al ritmo de la música, mientras los gritos burlescos se desvanecen en mi cabeza. Sonríó. He vuelto a vivir.



Ser mujer también es tener que aguantar desde niña los silbidos y comentarios de hombres en la calle, y que uno de tus pocos recuerdos de pequeña sea cómo unos hombres le gritan cosas a tu tía adolescente cuando pasea contigo de la mano y, como no entiendes, le preguntas y ella te dice: "Nos están diciendo bonitas", y al llegar a adulta darte cuenta de que no era eso lo que les decían.



Cuando tenía diez años, un niño se burló de mí porque tenía bigote. "Solo los niños tienen bigote", me dijo riendo. Yo me reí con él, pero esas palabras se clavaron en mi cabeza por el resto de mi vida, era la primera vez que alguien me hacía dudar de que yo era una mujer. En otra ocasión, estaba de vacaciones jugando con un niño, y en un momento nos sentamos a hablar. Él me empezó a contar de una niña en su escuela que parecía un niño. "Es gorda y tiene pelos en todos lados, hasta en los dedos, ¡Es asquerosa!" Y yo me reí, estuve de acuerdo, y en ese mismo momento levanté la mano y los dos nos quedamos en silencio viendo los pequeños pelos en mis dedos. La duda y la vergüenza me comieron como los lobos se comen a un cordero. Y pensé: *¿Qué es ser mujer?* Mis dudas e inseguridades respecto a ser mujer no mejoraban. A los trece descubrieron que tenía ovario poliquístico, condición médica que, a grandes rasgos, aumenta la testosterona en el cuerpo. Sus síntomas son acné, acumulación de grasa, crecimiento de vello corporal, etc. Testosterona, pensé. ¿Acaso eso no está relacionado con los hombres? ¿Era yo acaso una mujer? Lloré mucho. Llore por no ser como se supone debe ser una mujer. A los catorce años le dije a mi mamá que yo no parecía una mujer. No. No con mi metro setenta y cinco de estatura, no con mis bigotes, mis cejas pobladas, mi acné, mi voz gruesa, mis brazos y piernas peludos, mis pies grandes. No. Ciertamente yo no era una mujer. No fue hasta este año que, hablando con un amigo, todo cambió. "No parezco una mujer", fue lo que le dije, después de enumerarle mis cualidades masculinas. "¿Pero tú te sientes mujer?", me pregunto. "Sí", le respondí, confundida. "Entonces todo eso que me dijiste solo refuerza el hecho de que eres una

mujer. Porque todo eso que tienes y que supuestamente no deberían tener las mujeres, está en ti, y tú te sientes mujer". Por primera entendí que yo, con mi metro setenta y cinco, con mis bigotes, con mis cejas pobladas, mi acné, mi voz gruesa, mis piernas y brazos peludos, mis pies grandes, me sentía una mujer. Y que por eso, a pesar de los pensamientos dolorosos y confusos, era una mujer.



Llevaba sobre mis hombros una mochila pesada. Fueron años llorando a escondidas porque no encajaba con sus expectativas. No era feliz, pero no quería decepcionarlos, y sentía que no tenía opción. Sin embargo estaba equivocado, rodearme de otras personas, con visiones y mundos diferentes, me ayudó a entender que jamás hubo algo mal en mí. ¿Por qué ser ella o él cuando puedo ser ambos a la vez, o ninguno? Para mí, hubo un antes y un después de asumir mi identidad no binaria, de alguna forma me salvó la vida.



La cantidad de preguntas y reacciones incómodas que recibimos al salir del closet nos enseñan a soportar tratos que jamás deberían ser aceptados. Para las personas transgénero es aún peor, porque las preguntas se relacionan con sus cuerpos, cómo estos cambian, qué tratamientos usan, si se han sometido o piensan someterse a cirugías, y un sinnúmero de otras interrogantes igualmente impertinentes.



Zalo es una mujer transgénero de 22 años y es también una de mis mejores amigas. Actualmente se encuentra en proceso de transición, viviendo lo que ella llama "una pubertad tardía". He presenciado una y otra vez cómo la identifican de forma incorrecta, cómo debe explicarle a desconocidos por qué en su carnet sale el nombre de otra persona, cómo se ve obligada a compartir algo que para ella es íntimo. Cuando le dije que pensaba que no era necesario dar explicaciones, ella me respondió (y me lo dice aún) que es una instancia para educar a los ignorantes. Pero es difícil. Y a veces especialmente difícil. Como un día de enero de 2021. Ella, tan amable, insiste en que fue culpa de las hormonas. Yo culpo a la gente cruel e intolerante.

Estábamos juntas en un mall mirando ropa, cuando dos hombres de nuestra edad se la quedan mirando, susurrando entre ellos y diciendo en voz alta "bromas" crueles. Mi primer impulso fue increparlos, tenía rabia y sentí la necesidad de proteger a mi amiga. Pero cuando ella se dio cuenta de mis intenciones me pidió llorando que no lo hiciera, me dijo que sólo le produciría más dolor, que a veces era mejor ignorar, y que prefería irse. Aunque respeté su decisión, en ese momento no la entendí. Solo al repasar los hechos juntas, comprendí que ella ya había estado en esa situación, y que sabía que no lograría nada discutiendo. Cada vez que hablamos sobre esto yo siento necesidad de pedirle perdón. ¿Por qué? No sé, creo que por ser una privilegiada. A mí nunca me han identificado mal.



Me entristece que muchos se crean con derecho a juzgar cuerpos que no les pertenecen, ya que jamás sabremos qué clase de heridas puede tener una persona. Es importante generar conciencia: los cuerpos diferentes existen y son hermosos.



Cuando se exige la aceptación de toda corporalidad, ¿se hace un trabajo propio y honesto por aceptar cuerpos que se alejan de los ideales?



Me vi en la necesidad de explicarle a mi madre qué es la intersexualidad con peras y manzanas. En primer lugar, le dije que las personas, al igual que las frutas, podemos ser híbridos, como la pera-manzana, donde se mezclaron semillas y al estar brotar se hizo algo nuevo, algo tan rico como la pera o la manzana por sí solas. Lo mismo con las personas intersexuales. Los genes, los genitales o las hormonas se van mezclando y crean algo nuevo que escapa de la norma, pero sigue siendo igual de hermoso, una persona que crece. Tu hijo, tu nieto, tu amigo...



En muchísimos casos se transforma a un bebé intersex en una niña para liberar a la familia del infierno de un hombre fallado. Miles de niños son sometidos a cirugías de normalización antes

de aprender a hablar, se les interviene y se les dice que deberán utilizar terapias hormonales de por vida, sin siquiera darles una explicación de cómo llegaron a ser lo que son.



Cuando en clases hablamos de niños intersexuales, pensé en mi hermano. Él tiene labio leporino, y las dudas, temores, inquietudes por su futuro llenaron las habitaciones de la casa, el auto, el comedor, durante meses hasta su llegada. No es lo mismo, lo sé. Pero él también fue un bebé sometido a un montón de cirugías para que pudiera vivir una vida tranquila, sin burlas, sin problemas de habla. No pretendo comparar las experiencias, pero los cuerpos que escapan a la norma siempre son oprimidos. Y personas desconsideradas, con nula empatía, pueden destrozarnos vidas.



Sentir que hay una parte de tu cuerpo que no eres capaz de querer y cuidar, duele en lo más profundo. Que no es porque te parezca demasiada grande, pequeña, ovalada o puntiaguda; sino porque no la sientes tuya, no forma parte de ti y no debería de haber estado nunca allí.



Mi cuerpo no se corresponde al ideal que “debe tener una mujer de mi edad” y eso me ha marcado desde siempre. Ser más gorda que mis compañeras de colegio me llevó a ser insultada. Por miradas de asco caminando por la calle. Por mis padres, cuando a los ocho años me llevaron a una nutricionista, y a pesar de que ella les dijo que mi peso estaba dentro del rango normal, ellos decidieron someterme a una dieta estricta que debía seguir al pie de la letra. Por mi abuela, diciéndome que debería perder un par de kilos para poder ocupar cierta vestimenta. Terminé odiándome a mí misma. El feminismo me ha ayudado a abrazarme y luchar por mi cuerpo que está fuera de la norma y por el cuerpo de cualquier otra persona que esté fuera de la norma, por amarme a mí misma y por aceptarme como soy.



Pórtese como señorita, sáquese ese color de las uñas, el pelo corto no es de mujer, no se tiña el pelo de ese color, sáquese los piercings, el jumper está muy corto, tápese los tatuajes, no se puede entrar a la sala hasta que recemos el Ave María.



Ser *butch* me da miedo. Tengo miedo de que me impida explorar mi parte más femenina, y de no saber cómo expresarla. Tengo miedo a no saber cómo amar mi cuerpo tal y como es. Y encontrar la manera de hacerlo. Me incomoda no poder llevar camisas y poleras que me gustan, pero que no siento mías. Quiero poder ser “top” y “bottom” cuando me apetezca, y ser la butch que desea la plenitud de la femme. Miedo, incomodidad y deseo de explorar mi feminidad, y quererla, y apreciarla; tal como hago con mi masculinidad.



A veces me siento como un extraterrestre. Y a veces me gustaría no solo sentirme como un extraterrestre, sino también parecerlo. Es complejo y enredado. Supongo que me siento cómoda con los pronombres femeninos porque crecí así, y lamentablemente el mundo me ve de esa manera, pero no me identifico con *lo mujer* ni mucho menos con *lo hombre*. Descubrí mi género con ayuda de mi polola, explorando muchas categorías: demigénero, agénero, género fluido y, finalmente, género no binario. Cuando esto sucedió, entendí que mi nombre ya no me representaba (quizás nunca lo hizo, pero hasta ese momento no me lo había cuestionado). Partí con algo sutil, me llamaba Dominique, me decían Domi, lo cambié por Domo o Domito, dependiendo del cariño. Pero no a todes les profes les acomodaba llamarme con un diminutivo así que, en septiembre del 2019, echada en mi cama mirando el techo con mi polola, llegamos, entre las dos, a Dan. “La Dan” me dicen ahora. Soy Dan, por lo menos en el banco Santander y en la USACH. Trato de nombrarme yo, de decir mi identidad de género en altavoz, con megáfono, porque no creo en el orgullo, pero sí creo en la reivindicación de las mal llamadas minorías.



Soy del verbo ser. Aristóteles dice que el ser se dice de muchas maneras. ¿Cómo saber quién soy? Veamos, por lo que me han dicho, soy un animal, un animal humano. Nací un 6 de

septiembre de 1996 un día viernes a las quince con cinco minutos de la tarde. Nací bien. Rut: diecinuevecinco dos dos cerocuatroseis guion ocho Sexo: F. Vine al mundo desde mi madre: Sandra. Papá, no tengo y me niego a tenerlo (que pase la plata porque le debo a Meme, el de las fotocopias). Mi mamá me puso Tamara porque le gustaba; a mi me gusta que diga amar y mar. Me puso Andrea porque sonaba bien; no me gusta, es muy común. Aunque no conozco a nadie que se llame Andrea. Soy un animal común. Hay un hermano. Hay una hermana. Soy un ser humano que creció y creció casi solo. A los dos años casi muero. Tengo una cicatriz en el costado derecho de mi cuerpo. Soy un animal casi muerto. Soy un animal casi cicatrizado.

Crecí jugando en el patio, jugué a la pelota, jugué a la familia, jugué con la Paula, jugué con el Pablo. Con la Paula jugamos a leer en las bibliotecas, jugamos a conversar caminando. Con el Pablo jugamos a los legos, jugamos a besarnos. Jugué a ignorar algunas cosas, jugué a recordar otras. Entonces, ¿quién soy? Esto es lo sido. Ahora, quisiera saber si el origen tiene algo que ver con la esencia, porque preguntar quién se es, ¿supone una esencia?

Escuché un podcast una vez, soy un animal que escucha, de la cábala judía; decían que para saber quién uno es hay que ver qué es lo que se hace con el tiempo; uno es lo que hace con su tiempo. La mayoría del tiempo me quejó. Me quejó caleta porque caleta de cosas me molestan. Soy un animal aquejado. Pero por sobre todo me molesta mi mamá. Me molesta que nunca me llame. Me molesta tener un montón de heridas e inseguridades generadas de la relación con ella. Aquí encontré una pista. Soy un animal que encuentra.

La mayoría del tiempo intento sanar. Gran parte del tiempo intento actuar con aquello que llaman sabiduría. Soy un animal que actúa. Pero me cuesta. Parece que me exige mucho. No sé si la actitud de sabio me permitirá sanar. Perdonarme, perdonarlo todo. Parece que tengo una mala percepción de la sabiduría, seguramente trastocada por el cristianismo. Confundo sabio con santo, y eso a mí no me toma. Soy un animal confundido.

La mayoría del tiempo tengo dudas. Ah, verdad, me gusta la filosofía. Pienso que debería estar escribiendo un ensayo para responder esta pregunta, la deformación profesional me tiene así. Soy un animal deformado. Si la cábala dice que uno es lo que hace con su tiempo, a mí me falta tiempo para ser. Me faltará vida. Soy un animal mortal. No existen animales inmortales. Almas inmortales. Entonces, solo soy un ser mortal, y muero, y el tiempo pasa.

¿Y quién soy? Una vez fui al cerro y vi un ratón sin vida en un río. Las piedras del río retenían el cuerpo del ratón. Otro animal humano quiso cruzar el río. Pisó una de las piedras cercanas el cuerpo y lo movió. Vi el cuerpo del ratón alejarse en el río. No sabía quién se llevaba a quién. Si la muerte se llevaba al ratón, si el río se llevaba al ratón, si el ratón al río o el ratón a la muerte. Esa escena se llevaba mi tiempo, mis pensamientos, mis pensamientos de carne y hueso. Y el ratón parecía un submarino. Una enseñanza budista occidentalizada. O tal vez Heráclito hablando en otra lengua. O tal vez Parménides expresándose en esta. La pregunta era cómo saber quién soy, y yo he intentando hacer de la escritura un método. He sido de muchas maneras. Pero no soy nada de eso. No ahora, no en esencia. Ahora soy, nuevamente, un estudiante, intentando entregar un trabajo atrasado. En esencia, soy carne y hueso, como el ratón, en un río, como el del tiempo.

INFANCIAS Y FAMILIAS

Tú, persona hétero-cis, ¿te imaginas? ¿Te imaginas un mundo donde nadie cuestiona por qué ese niño está usando vestido o jugando con muñecas, o por qué esa niña pide que le corten el pelo y la dejen jugar a la pelota? ¿Te imaginas lo que es crecer sin preocuparte de lo que eres o lo que no eres, sin tener que salir del clóset, sin miedo a un golpe o a escuchar “maricón” o “marimacho”? Mi infancia ideal es esa: la que yo no tuve.



Les niños deben dar explicaciones a adultos que no buscan entenderles sino imponerles su mundo tradicional. Los adultos juegan a ser deidades y se sienten con la potestad de enjuiciarles. No les escuchan, no les entienden ni quieren entenderles, les minimizan y les quitan el protagonismo que les corresponde sobre sus vidas. Ser niño en un mundo dominado por adultos es complicado. Ser niño pobre es muy complicado. Y ser niño pobre y además homosexual, o trans o no binarie o neurodivergente, es mucho más complicado aún.



Vemos padres entrar en negación cuando su hijo da indicios de homosexualidad. Lo miran como si fuera un niño hétero-cis contagiado, preso de un monstruo escondido, adoctrinado para ir en contra de lo correcto y lo normal. Esto me hace pensar en la clínica a niños autistas de la que nos habla Beatriz Janin, donde clasifica este trastorno dentro de las psicopatologías graves, pero no por algo intrínseco al niño, sino por el sufrimiento que provoca en los padres que el hijo no cumpla con sus expectativas.



Le tengo miedo a mamá, a que su mirada se cargue de dolor y repugnancia, a que no me vuelva a envolver en sus besos y abrazos nunca más. También a papá, a que en vez de ver en mí a su niña, vea a una persona pecadora.



Cuando mis papás descubrieron mis ideas homosexuales, me castigaron, me golpearon y me obligaron a entregarles el teléfono. Esa noche fue mi primer intento de suicidio, y la primera vez que me escapé de la casa. Doce años tenía. Mi vida hubiera sido tan diferente si desde niña hubiesen respetado mis sentimientos, mis pensamientos, mis inquietudes. Pero no fue así. Y aquí estoy, ocho años después, luchando porque esta historia no se vuelva a repetir.



Justo cuando comencé, por primera vez, una relación con una mujer, a mi mamá le volvió el cáncer. Fue una de sus peores recaídas. Mis abuelos me dejaron de hablar y, en el momento en que me acerqué para solucionar las cosas, me culparon a mí de haber enfermado a mi mamá.



Cuando era niño, mi padre me obligaba a ver fútbol y a jugar con autitos, a pesar de que yo prefería jugar con las muñecas de mi hermana. En esos años transmitían el *reality show America's Next Top Model*. Yo amaba simular que las diez muñecas de mi hermana eran participantes y les tomaba fotos con el teléfono de mi mamá. Un día olvidé borrar las fotos y mi padre me descubrió. Recibí una paliza. Me dijo: "Las mujeres juegan con muñecas, maricón".



El niño o la niña transgénero sabe que no se identifica con el sexo que se le ha asignado al nacer. Si se siente niña, es muy probable que se vea atraída por cosas típicamente femeninas, quizás aún con más fuerza dado el carácter simbólico de éstas. A menudo, la intensidad de esta atracción se suaviza cuando se reconoce su identidad de género. O no. Como ocurre con cualquier niña. Y con los niños pasa algo parecido. Al mismo tiempo, es posible que un niño prefiera usar vestidos o jugar con muñecas, pintarse las uñas o maquillarse, pero siga considerándose a sí mismo un niño, y se sienta a gusto con su cuerpo. Es con las limitaciones expresivas con lo que tiene problemas, no con su identidad. ¿Cómo puedes saber entonces cuándo un niño es trans? Muy sencillo: pregúntaselo y toma sus respuestas en serio. Todos las

personas transexuales adultas fueron menores trans. Lo que ocurre es que los adultos les forzaban a adoptar unos roles con los que no se sentían identificados. En resumen, si tienes a tu cargo un niño o niña trans, o un niño o una niña cuya expresión de género es diferente de lo que se espera, no le cortes las alas. No merece la pena hacerle sufrir. Cuando crezca hará lo que tenga que hacer, con o sin tu ayuda, con o sin el sufrimiento por el que le has hecho pasar.



Mi primo pequeño, de diez años, durante un almuerzo familiar le preguntó a mis tíos: “¿Tengo que ser niña?”, “¿No puedo ser niño?” No era una curiosidad aislada, hace rato venía diciendo cosas como: “No me gusta ser una niña”, “Ojalá hubiera sido un niño”, “Yo soy un niño, papá”. La primera en responder era siempre su mamá: “Es que pasa mucho tiempo con sus tres hermanos, necesita más figuras femeninas”. Otros familiares lo atribuían a una negligencia de los padres, por el tipo de crianza que le entregaban, por los juguetes que le compraban o simplemente por “no saber controlar a su hija”. Mientras tanto, la incomodidad de mi primo seguía creciendo, era tema de conversación en cada junta familiar. Al final decidieron llevarlo al psicólogo. Luego de unos meses, mi tía llegó a mi casa y lo primero que le dijo a mi mamá fue: “Tengo un hijo, he tenido un hijo por casi once años”. No estoy exagerando para este escrito, mi tía estaba en shock y quería contarnos lo que la psicóloga le había dicho y que ya todos sabíamos aunque nadie lo quería decir porque era “un tema delicado”. Un 11 de febrero del 2018 nació mi primo. Ese día, por fin pudo cortarse el pelo como quería y le pidió a la familia que lo llamaran Matías. Fue uno de los momentos más emotivos que he vivido, pese a la incomodidad, al silencio y a algunas lágrimas que cayeron, todos sabíamos que él estaba feliz. A pesar de que no sería fácil, al contrario. El Mati todos los días lidia con personas intolerantes, incultas, que lo degradan e insultan llamándolo con nombres o pronombres equivocados. Cuando tuvimos las clases sobre identidad de género no pude dejar de pensar en él, en cómo me habría gustado estar preparada para apoyarlo cuando más lo necesitó, cuando buscaba ayuda en silencio y obtenía respuestas confusas, en cómo me hubiera gustado tener respuestas a mis propias preguntas. Hoy, con quince años, el Mati se junta cada viernes con un grupo de niños transgénero, y mis tíos, por su parte, se juntan con un grupo de padres una vez al mes. Gracias, Mati, por dejarme contar tu

historia, por revisar y corregir, por inspirar a toda nuestra familia a aprender, a salir de la burbuja en la que vivimos, por luchar y ser fiel a ti mismo.



“Yo no he criado maricones, así que déjate de hablar tonteras. ¿Cómo vas a salir con que quieres ser mujer, hueón?” Esas fueron de las últimas oraciones que le escuchó decir a su papá; después de su transición, sólo se dirigió a ella con monosílabos. Cuando pidió hablar con el director de su colegio, él le dijo que no era posible que la llamaran Sofía, que no había ningún respaldo legal. Aprovechó de comentar: “No sé qué les pasa a las nuevas generaciones, cada vez están más raros”. Ese mismo día en la tarde, la profe Juli le preguntó cómo le había ido con sus papás y el director. Luego la abrazó y con un tono amoroso le dijo: “Mi Sofi, tú sabes que voy a estar para lo que necesites y no voy a dejar de insistir para que aquí en el colegio se te reconozcan como se debe”. Los meses siguientes fueron horribles. Todos los días algún compañero le decía algo hiriente o algún profesor le recalaba que las cosas no eran a ‘su pinta’. En la carta que dejó antes de matarse escribió: “Papás, sepan que los amo, pero no puedo seguir viviendo así. Sofi”.



Mostrarse como padres orgullosos seguramente salvará la vida de esos niños trans que llevan consigo un gran pesar. Lo importante es comunicarles que no hacen nada malo y que la sociedad, quizá, algún día les permitirá expresar libremente quienes son.



Estoy orgulloso de ti, porque, a pesar de todo, siempre mantuviste la cabeza en alto, tocando el espacio exterior, llegando hasta Quirón, en donde se encuentra tu verdadero hogar. Aunque eras callado, siempre tuviste la capacidad de negarte a hacer lo que los demás querían que hicieras, o a ser lo que los demás querían que fueses. Gracias a esa resistencia es que ahora puedo ser lo que quiero ser. Gracias a ti, cachorro de león, al que le crecieron tenazas de cangrejo y cola de escorpión, no tengo miedo de mi amor por otros hombres. Todo tu esfuerzo valió la pena, porque ahora te expresas como siempre quisiste, ahora te sientes libre en tu propio hogar, en tu propio núcleo, en tu propia alma. Uno de tus mayores secretos dejó de ser privado, dejó de darte

vergüenza. Ahora tienes muchos amigos, y la mejor parte es que son como tú. Ya no estás sólo, ya no tienes que sufrir en silencio, puedes reír y llorar cuanto quieras. Creo que tú también estarías orgulloso de mí.



Querida mamá: Necesitaba entender por qué me trataron como me trataron, por eso decidí estudiar psicología. Sentí que la respuesta a por qué hay personas que avalan la homofobia me la daría esta profesión. Sin embargo, después de tres años en la carrera, mi propósito ha ido mutando. Hoy me prometí a mí misma formarme para evitar que otros niños, niñas y niñes pasen por lo que yo pasé. No quiero ser una heroína, quiero ser una herramienta. Necesitamos psicólogos comprometidos con la infancia disidente, para que niñes que merecen escucha, respeto, educación y comprensión, no pongan una pared impenetrablemente entre ellos y el mundo.



He renunciado a la idea de que algún día cumplas con ese rol que esperaba de un padre, por lo tanto, el esfuerzo de informarte sobre mi vida lo hago yo. Quizás como una forma de rebelión ante tu victimización constante, o quizás porque no me gusta callar, te recuerdo que existo y que, aunque me niegues, seguiré existiendo. No eres un ser sobrenatural que hace y deshace a su antojo, eres un ser humano, y te lo seguiré recordando hasta el día de tu muerte.



Un triunfo: mis amigos usan pronombres neutros conmigo y yo también lo hago. Otro triunfo: a mis estudiantes de tercero medio les leí unas definiciones sobre qué es el género y se produjo una discusión muy rica dentro del aula. Otro triunfo: Le he explicado a mis padres la diferencia entre identidad de género, expresión de género y orientación sexual, y lo han entendido.



A principio de semestre, en los viajes que hacíamos juntos hacia el centro, le fui contando a mi papá de algunos conceptos relacionados con el género. Un día le pregunté si sabía qué era la

intersexualidad y me dijo que era alguien a quien le gustaban los hombres y las mujeres. Luego de leerle una definición, le pedí que me la explicara con sus propias palabras. Parafraseando me dijo lo siguiente: "Una persona intersexual puede tener características sexuales variadas, y forzar una asignación de género de forma quirúrgica afecta el desarrollo del niño, por lo que la asignación de género debería ser una decisión de cada persona hecha cuando más grande. O sea, si el niño nace con características atípicas, no hay que obligarlo a que sea hombre o sea mujer." Esto es un gran avance, me demuestra cierta apertura. Pero aún no tengo idea de cómo (o si quiero) contarle que, en algunos contextos, fuera de mi casa, utilizo pronombres masculinos y neutros.



Me dijo: "¿Señor? ¿Usted cree que mi mamá se enoje si le pido un juguete de niño?", y procedió a mostrarme uno de los juguetes que estaba reponiendo, un autito. "No creo", respondí, mientras buscaba señales de los padres de la niña. "Tienes que ir donde tus papis y preguntarles. "Es que...", noté preocupación y miedo en sus ojos, "si pido este juguete, me van a castigar. Siempre que pido cosas de niño me castigan." Mi estomago se escogió a las dimensiones más pequeñas. "Este es el modelo de autitos que te gusta, cierto?" Ella asintió, muy tímida. "Espérame un poquito, no te muevas de aquí." Corrí hacia la caja más cercana y compré el auto de juguete. "Toma", le puse el autito en sus pequeñas manos. "Guárdalo bien, y si tus papis te preguntan, te lo encontraste por ahí."



Pienso en la libertad y en la felicidad que perdí por ganar aceptación social, por encerrarme en la norma. Ahora que estoy rodeada de las personas correctas comprendo que en su momento me rodeé de las incorrectas. Años me ha costado, y aún no lo he comprendido del todo: hay que irse de donde te maltratan, invisibilizan y reprimen; hay otros círculos sociales, otros núcleos de relación y otras maneras de hacer familia. Es algo que debo hacer por mi bienestar, por la niña que fui y por las niñeces del futuro.



Por esa guagua a la que perforaron para ponerle aros, por esa infanta que no podía jugar a lo mismo que sus primos hombres, por esa niña que sentía presión por su peso, por las miradas críticas sobre esa preadolescente que tenía vello corporal, por esa adolescente que reprimió su forma de querer, en mi adultez he politizado mi infancia.



Como adultos debiésemos ser los encargados de cuidar el sueño de nuestros niños, al menos de no ser las personas los responsables de sus pesadillas.

ESCUELA

Mi amigo me comentó que le gustaba un niño de su colegio y que en las últimas semanas habían conversado mucho, haciéndose cada vez más cercanos, lo que los llevó, naturalmente, a darse un par de besos, a ser más afectuosos en público y cosas así, un pololeo inocente, propio de los doce o trece años. Hasta que un profesor vio estos “comportamientos extraños”, los llevó a la oficina del director, que si no me equivoco era cura, y el cura llamó a los apoderados y les dijo que sus hijos tenían conductas homosexuales. Básicamente los sacaron del closet sin saber cómo esas familias iban a reaccionar. Me dio impotencia porque en ese momento ni siquiera mi amigo sabía cuál era su orientación sexual.



Nunca le contabas a tu familia lo que te hacían en el colegio, que te decían “afeminado” de manera burlesca, entre risas y miradas. Era un tema que te hacía demasiado vulnerable. No solamente recibías comentarios de parte de tus compañeros, sino también de un profesor al que odiabas con tus entrañas. Este señor canoso se unía a las burlas del curso, te obligaba a comportarte como “hombre”, te empujaba a cumplir los deseos de una niña que se había enamorado de ti, porque tenías que ser heterosexual.



“Sin pies ni cabeza”, como diría la profe que me sacó de la presidencia de curso en séptimo básico porque yo era abiertamente lesbiana. Te odio hasta hoy, Helga.



Siempre que escucho a alguien hablar de sus tantos buenos recuerdos del colegio, una parte de mí les juzga: “Definitivamente no son disidencia”. Y es que mis recuerdos son más bien amargos. Desde pequeño tuve que aprender a actuar, a esconder mi homosexualidad. La necesidad de sobrevivir lo hizo posible, pero, por ser algo tan ligado a mi identidad, era difícil. A veces, por las noches, pienso: “Debí haber sido más fuerte, debí haberle ganado al miedo”. Últimamente he

aprendido que poco saco con cuestionarme, solo le da más ansiedad a un cuerpo que no necesita más ansiedad. Mi consuelo es que hice lo que pude en las condiciones que se me presentaron.



Querido diario: Soy José. Mi mamá ya me está comprando la ropa que a mí me gusta, los pantalones y poleras que prefiero. Lo que sí, cuando me saqué los aros, mi mamá se puso a llorar porque me los había puesto de bebé. Filo, al final me abrazó y me dijo que estaba todo bien./ Querido diario: Soy José. Ha pasado más de un año desde que te escribí, ahora tengo 16. En realidad desde que empezó el año no lo he pasado muy bien. Las profesoras me tienen mala, no me dejan tranquilo. Siguen tratándome de niña./ Querido diario: Soy José. Hoy estoy muy triste porque me echaron del grupo de baile de Kpop al que iba los sábados. Fue muy raro todo, hicieron una votación entre ellos para echarme, supuestamente porque bailo feo./ Querido diario: Soy José. Hoy pasó algo que me tiene muy bajoneado. En el recreo, llegó mi hermana chica llorando y me dijo que la estaban molestando, que le decían Domingo, cuando ella se llama Dominga. Altiro supe que era por mi culpa./ Querido diario: Soy José. Hoy pase por una situación humillante. Durante la clase de lenguaje, la profe se acercó para decirme que debería ir al psicólogo./ Querido diario: Soy José. Te conté que las profesoras siempre me dicen cosas, bueno, mis compañeras igual, repiten lo que me dicen las profes. Aparte no sé quién les dio mi Whatsapp, una de ellas me mandó un audio diciendo 'Tírate de un edificio, anda, sube y te tirái'. No entiendo qué les hice yo para que me traten así. P.D: mi mamá no sabe nada de esto./ Querido diario: Soy José. Hoy te traje al liceo, es que siempre estoy solo. Le dije a mi mamá que por favor me cambiara de colegio, ella dijo que no, que ya pronto haría amiguitas. No le he contado que se la pasan llamándome "maricón culiao"./ Querido diario: soy José. Hoy colapsé, solo le pude contar a mi mejor amigo lo que las niñas de tercero medio me hicieron el lunes en los baños del colegio./ Lo siguiente es un fragmento de lo que decía la carta que dejó José Matías De la Fuente el día 23 de mayo de 2019, antes de lanzarse del onceavo donde vivía junto a su mamá y sus dos hermanas: "Liceo de mierda ".



"Quiero ser un aporte para mis alumnos", dije repleto de optimismo el primer día de clases como profesor jefe. Y estaba convencido de que así sería. "Que encuentren en mí a alguien que los ayude, apoye y guie en el futuro." Diez años después, entró por la puerta del colegio la personita que pondría mi mundo de cabeza. "Me llamo Samantha, profesor", explicó con la típica voz que adquirimos los hombres en la pubertad. Tiempo después me dijo: "Por favor, no me diga Samuel". Pero yo no podía ceder. Samuel era un varón, así decía su acta de nacimiento y así se estipulaba en el libro de clases. No la llamé Samantha, a pesar de las innumerables veces que me lo pidió. No la trate como mujer, a pesar de todas las veces que vi sus ojos llenarse de lágrimas cuando un pronombre masculino salía de mi boca. No la defendí de sus compañeros, a pesar de oír los insultos crueles y los rumores de violencia. A mitad de ese año, la directora me hizo salir a mitad de la clases y sin color en el rostro, me dijo: "Samuel se suicidó". Supe entonces que las palabras que había dicho a inicios de mi carrera habían sido en vano. Vacías de significado.



La heteronormatividad en el colegio es muy fuerte, y es la gran razón de por qué muchas personas que pertenecemos a la diversidad sexual no tuvimos buenas experiencias en nuestra etapa escolar. No tengo idea cuánto se ha avanzado, sé que la propuesta de una educación más inclusiva existe, el problema está en *cuánto* más inclusiva y los límites que se establezcan. No sería raro que se adopte la medida más fácil, más cómoda y moralizante para hacerse cargo del niño diferente, pero no es un niño ni unos pocos, el número es abismal. Lo ideal es que la escuela pueda ser un lugar para ellos, y no solo para ellos. Lo ideal es que la escuela sea *un lugar en el que colectivamente la identidad pueda pensarse y vivirse de forma sana y positiva*. No todo el mundo es gay, trans o queer, pero no todo el mundo es cisgénero y heterosexual, y la infancia sin duda no lo es.



"Maricón", le decía un compañero de curso todos los días en el colegio. "Tú no te llamai Marisol, te llamai Óscar y erí hombre. Nunca lo vai a lograr weón asqueroso. Te gusta llamar la atención." El acoso por parte de sus compañeras/os/es era tan constante y violento que Marisol cada día, al llegar a casa, agarraba un cortopunzante y se hería alguna parte del cuerpo. Un día, su mamá

encontró una pequeña libreta donde Marisol relataba lo que le estaba pasando, hablaba de su desesperanza, y entre los escritos, estaba también el pequeño cortopunzante envuelto en papel manchado de sangre. Producto de eso, Marisol fue internada. Ahí una persona le comentó del colegio Amaranta Gómez. Este colegio está ubicado en Ñuñoa, en Santiago de Chile. Veintidós de los 39 niños que asisten son trans. Es el primero de América Latina de estas características. Los profesores son voluntarios, ya que no reciben subvención del Estado. Las familias aportan una pequeña cuota mensual. Tienen solo dos salas. Como no es reconocida, no pueden optar a tener beneficios estudiantiles, como por ejemplo pase escolar.



¿Qué me entregó el colegio? Me entregó la angustia de ser descubierta, el susto de un llamado de atención, la ansiedad frente a un posible llamado al apoderado. Además de una playlist aleatoria de síntomas como el sudor en mi rostro, el temblor en mis manos, sensaciones de asco, fatiga y ahogo. Actualmente, gusto de imaginar cómo hubiera sido mi historia en un mundo paralelo, y por lo tanto en un colegio paralelo, donde no se me hubiera reducido a una imagen corporal en proceso de inserción en el mundo productivo, donde conocerte a ti solo hubiera significado un corazón inquieto y no un cuerpo resentido. En esta vida paralela puedo hablar de ti, de lo bonita que es tu sonrisa y de lo difícil que ha sido parar la mía después de conocerte, y como respuesta solo se ríen un poco de mi embelesamiento. Eso hubiera sido suficiente.



Tuve la suerte y la fortuna de crecer un entorno en el que me sentí querida y acompañada, sin recibir ningún tipo de violencia por ser como era. Aun así, sufrí la falta de referentes y me sentí sola durante muchos años. Era la única de mis amigas, de mi colegio, de los sitios a los que iba. Buscaba series de televisión donde apareciesen personajes lésbicos para ver qué significaba estar con una mujer, como era la sexualidad entre ellas y lo mucho que se querían. Tener estas referencias me ayudó, pero me las tuve que buscar sola. Y tuve la picardía de buscarlos y la suerte de encontrar algunos positivos, pero no todo el mundo la tiene. Se habló en clase acerca de una nueva pedagogía transfeminista que incorpore estas vivencias en el sistema educativo. Brindar un acompañamiento a lxs niñxs que sientan que no encajan dentro del sistema y educar

con base en la diversidad sexual, de género e identitaria resulta clave para construir un espacio seguro en la infancia. Compartir experiencias, hacernos más humanos y huir del individualismo, ayuda a sentir confortables a lxs niñxs que no se sienten así consigo mismxs.



Pienso en las actitudes homofóbicas que tuvieron algunos maestros conmigo, nada muy grave, pero las recuerdo. Había bromas por aquí y por allá, pero nunca sufrí bullying. Creo que mi rol como futuro docente será fuertemente influenciado por esas vivencias. Es triste que no sufrir acoso en la escuela sea un privilegio para los, las y les jóvenes de la comunidad.



En una entrevista, una profesora de la escuela donde estudié relató lo desgastante que ha sido para ella apoyar y defender a sus alumnos LGBT+. Le ha significado acoso laboral por parte de su jefe y de apoderados que consideran que validar a sus estudiantes es un tipo de “adoctrinamiento”. Para mí esa profesora fue una salvadora, una cuidadora, una guardiana. Pero nunca imaginé cómo eso ha afectado su ambiente laboral. Para los estudiante es tan valioso tener docentes que se preocupen de cambiar el sistema que los discrimina y excluye, pero, ¿hasta dónde podemos llegar los y las docentes al intentar defender a nuestros alumnos?



Éramos 1900 alumnas, y la persecución era sistemática. Estábamos aburridas, no nos gustaba ser soldados grises homogéneos sirviendo a un Dios que nos imponían. Así que el centro de alumnas comenzó a actuar: organizamos charlas sobre feminismo, género y diversidad sexual para todas las alumnas. Nos empoderamos, exigimos espacios para el dialogo, respeto, que dejaran de perseguirnos como si fuéramos criminales.



Pero lograron poco: de los colegios de monjas no salimos católicas, sumisas ni tontas. Salimos feministas, contestadoras, pensantes y muchas veces lesbianas.

CURSO

“Bella es la certeza, pero más bella es la incertidumbre”. Estas palabras de la poeta Wisława Szymborska han guiado mi vida desde que las escuché. Me gusta dejar ciertas cosas a la suerte, ese clic inesperado. Así puedo describir lo que sentí al ver este curso en esa frenética toma de ramos. El clic de la intriga que me producía esto. Hasta ahora no había tenido ningún curso que fuera sobre disidencias, solo era algo que, a veces, se mencionaba por encima en una clase. Siempre me he sentido perdido, desinformado, más que nada porque no muchas personas saben de mi no-heterosexualidad.



Definitivamente *sentir* ha sido la palabra que quedó en mí al escribir estos textos, el curso de feminismos y disidencias ha sido un constante aprendizaje que logró que me diera cuenta lo mucho que me gusta escribir.



Tener un curso sobre feminismos, LGBTQ+ y disidencias ha sido un trabajo arduo. Tienes que mirarte al espejo y ver cómo te transformas al cuestionarte cosas tan básicas como tu propia identidad. Luego, una vez que la introspección comienza, miras a tu alrededor, a las personas que comparten día a día contigo, a tus compañeros, familiares y amigos, y te preguntas: ¿Quiénes son realmente?



Gracias compas por hacer de esta clase un lugar seguro al que acudir con ganas. He sido feliz y me han hecho reconectar con sentimientos muy profundos dentro de mí. Además, me han permitido ver realidades diferentes de la mía y expandir conocimientos y tipos de vivencias.



Como docente en formación de la asignatura de filosofía, creo que los conceptos que estamos viendo, no solo me sirven de herramienta para hacer del aula un espacio más seguro, sino que también como contenidos, para incitar el diálogo entre estudiantes, y así ojalá poder construir entre todos un espacio donde poder discutir cualquier cosa y desde cualquier ángulo, y así ir deconstruyendo los roles de género. Deberíamos hacer una segunda parte el año próximo, enteramente sobre educación no sexista.



La pasarela de relatos conmovió mi ser durante aquellas horas, todas las propuestas tenían algo de cada uno, pero también algo que todos compartíamos. El espacio universitario pocas veces da cabida a tal tormenta de emociones, y menos su expresión en múltiples formas como poemas, interpretaciones, discursos y actuaciones. Algunas de esas historias me hicieron sentir devastada, llena de rabia y a la vez emocionada y nostálgica, porque ante crímenes de odio, no cabe reprimir las emociones, no cabe guardarlas en indicadores y números, deben soltarse tal y como se hizo en nuestra sala aquel día.



La academia nos ha dejado de lado, pese a ello, en la sala donde compartimos se sintió la comunidad, el compañerismo. Agradezco aprender en un espacio seguro, y agradezco poder encontrar estos espacios dentro de la universidad, creo que es importante pensar en ello, y espero en un futuro, si mis hermanos pequeños deciden asistir a una educación terciaria, que puedan encontrar cursos que les hagan reflexionar sobre ellos mismos.



Acá, todos compartimos características, experiencias, penas, felicidades e injusticias. He encontrado un lugar donde me puedo sentir tranquilo de ser yo mismo, puedo aprender y puedo seguir escribiendo. Mi yo del pasado estaría orgulloso de mi escritura y de todas las barreras que he logrado romper gracias a este electivo.



Mi carrera está dirigida e impartida principalmente por hombres. Estar en este espacio es una gran oportunidad para ampliar la educación que allí recibo, además, hacia un ámbito más personal porque no había tenido la oportunidad de integrarme a un espacio como este, ni siquiera por fuera de la universidad.



Esta bitácora cierra la hermosa experiencia que tuve en este ramo. Conocer gente, hacer amigos, inspirarme en quien quiero ser, escuchar con respeto a una gran profesora y forjar el camino que quiero tomar a futuro. Quizás este es el final de este compilado de historias que habla de realidades propias, ajenas y colectivas, pero es el comienzo del futuro. De ya no tener miedo a mostrar quien soy. De querer ayudar a otros de la comunidad que precisen de mi ayuda. De buscar postgrados sobre género, identidad y feminismos. De algo bonito, que no se olvida, que vivirá siempre dentro de nosotres, en nuestros escritos, nuestra memoria y nuestro corazón.



Quiero dar las gracias a todas las personas que me ayudaron en la realización de esta bitácora, mandándome audios con con correcciones, recomendaciones e ideas que muchas veces iluminaron la escritura. A Amanda, mi casi hermana, porque me inspira cada día a aprender más sobre las disidencias y por tener el valor de ser ella misma. A Javier, un amigo muy hábil con la creación de relatos, su ayuda para construir estas pequeñas historias fue valiosísimo. A Renée (la tilde es hacia el lado opuesto pero no se como se pone) por ser una amiga incondicional y feminista que me asesoró con los temas que se refieren a mujeres y masculinidades. A Juanito, un amigo que cooperó en la discusión de los temas. A la profe por recibir este trabajo atrasado. Y a Taylor Swift por ser la banda sonora mientras escribo esto.



Sentí temor cuando me descubrí a mí misma en clase de lenguaje pensando en *ella*. Sentí temor cuando caminando de la mano recibimos miradas indiscretas, llenas de asco y desaprobación. El temor aumentó cuando un hombre nos gritó cosas desagradables. Entonces ya no nos dimos más la mano en la calle. Para no sentir temor. Sentí temor cuando mi familia hablaba de la nueva

teleserie nocturna del Mega. "Que asco", decía mi mamá ante la escena de dos mujeres dándose un beso, "no deberían mostrar esas ordinarièces". Y quise huir porque eso haces instintivamente cuando sientes temor. Quise huir a un lugar seguro. Sentí paz cuando juntas en mi pieza, mirando el techo, creímos poder reescribir el mundo entero. Para no volver a sentir temor nunca más. Y sentí paz cuando en clase de lenguaje la profesora habló del movimiento LGBTQ+, "porque no es justo que estén invisibilizados". Sentí paz porque por primera vez una persona adulta me validaba, entonces quizás no estaba haciendo nada incorrecto, quizás no había de qué huir. Y sentí paz cuando mi mamá, secándome las lágrimas, me dijo que siempre me apoyaría, que no había nada malo con mi manera de sentir. Y sentí paz, cinco años después, cuando me di cuenta de que el tema era digno de ser estudiado en la universidad. Entonces, quizás no había qué temer.



Estos meses fueron un intenso: ¿Por qué? ¿Quién? ¿Cómo? Porque aquí no hay respuestas definitivas.

SEXUALIDAD

“Los hombres son así”, “le dan mucho color”, “las niñas tienen la culpa por mandar esas cosas”, “tienen que asumir las consecuencias, después no se quejen”. Eso era lo que escuchaba cuando se difundían *nudes* de alguna niña en el colegio y mis compañeros las compartían por Whatsapp. El colegio nunca hizo mucho al respecto, unos días de suspensión (incluso a veces tanto para la víctima como para quien difundía las imágenes) y listo, como si eso lo resolviera. En aquel entonces me frustraba mucho por eso, pero ahora que estudio pedagogía me frustra mucho más. Hace poco, en un proyecto de investigación, entrevistamos a un par de profesoras para saber cómo aplicaban el reglamento en situaciones de violencia sexual, a lo que respondieron que no sabían siquiera que existiesen un reglamento. Nos dijeron que los docentes actúan desde el instinto. Por esto es urgente que se brinde capacitación y se avance en una educación no sexista que permita cambiar estos patrones de conducta.



Nunca tuve una educación sexual de calidad, lo único que recuerdo es que nos enseñaron a poner un condón en un pepino. Bien, necesario. Recuerdo también imágenes explícitas de lo que nos podría pasar si nos contagiábamos una enfermedad de transmisión sexual. Recuerdo que me dio miedo, que mis primeras experiencias sexuales fueron eso: miedo y pudor. Me preguntaba si dolería, me preguntaba por el orgasmo del que sabía muy poco. Oía conversaciones, leí opiniones. Parecía que el sexo era sinónimo de penetración, un chiste.



A medida que crecíamos, pude observar cómo a mi grupo de amigos el porno *mainstream* nos fue construyendo como personas sexuales. Era la base de nuestra educación sexual. Nos formamos una idea de que lo que era importante, y nos creamos expectativas irreales. Parecía como si la finalidad del sexo fuese el disfrute y el orgasmo del hombre hétero-cis. Los hombres debían ser dominantes, agresivos, con grandes penes y capaces de penetrar a mujeres por

horas. Aún más preocupante, las mujeres debíamos alcanzar unos determinados cánones de belleza, ser delgadas, inocentes y sexualmente sumisas, dispuestas a realizar todo lo que un hombre pidiera. Como respuesta a este porno machista, opresor y violento nace la pornografía feminista, donde las mujeres finalmente tienen un rol sexual activo cuya finalidad no es sólo lograr el placer masculino sino también el propio, donde se muestran variedades de cuerpos, identidades de género, orientaciones sexuales y situaciones, y la personas pueden ver algo distinto a esos clichés falocéntricos. ¿Debería desaparecer el porno *mainstream*? Pienso que eso sería ideal, pero actualmente imposible. Sí creo necesario que se refuerce la educación sexual en el colegio, cuya inexistencia hace que niñas y adolescentes deban buscar información en internet; que se aclare que estos son escenarios de fantasía y que se promueva el consentimiento.



Descubrí la pornografía cuando estaba en cuarto básico, cuando una compañera se acercó a preguntarme si había visto cierto video. Desde ese día tuve una visión de las relaciones sexuales basada solo en la pornografía heterosexual, en donde el patrón era el de una mujer subordinada al placer del hombre. Esta visión duró hasta que me acerque al feminismo. Ahí se me abrió un mundo distinto, que validaba mi placer y cuestionaba tanto la falta de educación sexual en las escuelas como la representación de las mujeres en la pornografía.



Es importante que las mujeres se sientan libres de ser honestas y dejar de fingir.



El sexo no solo es la vagina y el pene, lo que se da en una cama entre cuatro paredes entre un hombre y una mujer, lo que se practica después de contraer nupcias, tampoco órganos reproductores voluptuosos e impecablemente depilados. El sexo también son los juguetes, las disidencias, el deseo, la creatividad, la masturbación, el sexo anal, las caricias, la frotación entre cuerpos y/o objetos, los fetiches. El sexo es todo aquello que da placer sexual, y aquello que da placer no es lo mismo para todas las personas: el placer puede ser visual, físico, emocional,

mental, etcétera. La finalidad del sexo no es llegar al orgasmo, sino que conectar, disfrutar, explorar, sentir, fantasear. El sexo real no es perfecto ni tiene por qué serlo. El sexo puede ser un acto político, artístico y social. Hay que liberarlo de las presiones religiosas, del tabú, de las normas establecidas entre lo que está bien y lo que está mal en las relaciones sexuales. Hay que adueñarse del sexo, de la exploración y del descubrimiento, tanto personal como social. Hay que despojarse de la tradición, de la inseguridad, de la normalidad, de la vergüenza, del sobrepensar, de las sentencias a la diversidad de gustos y deseos.



Algunas lesbianas tienen una atracción hipotética hacia los hombres debido a la heterosexualidad obligatoria. Pero no queremos salir o tener relaciones sexuales con un hombre nunca.



Me identifiqué primeramente como bisexual, ya que había sentido atracción hacia niños hombres y hacia niñas mujeres; luego, después de muchas luchas internas, me di cuenta de que la atracción que sentía hacia las mujeres era mucho más fuerte, lo que me llevó identificarme como lesbiana. Pero no quiero hacer parecer con esto que la bisexualidad es algo así como una etapa o una confusión, solo digo que a mí me funcionó para investigar lo que sentía y por lo que estaba pasando.



El problema viene cuando tienes que enfrentarte a la sociedad luego de salir de tu caparazón heterosexual. Porque la sociedad, al igual que tu familia, espera de ti una vida heterosexual, repleta de hijos que te tocara parir y una casa que deberás limpiar. Y pobre de ti si es que escapas de esa norma. Si lo haces, te caerá el mundo encima.



Sentir placer es transgredir normas: el gozo es una manifestación subversiva.



Me decía: me gustan los hombres, creo. "Creo", porque mi experiencia había sido ambigua, mis relaciones con ellos habían ocurrido mayormente en mi cabeza, donde escribo y guardo las cartas de amor. Pero esto cambió cuando tuve la necesidad de decir "te amo" en voz alta. *Te amo*. Y decidí no detener ningún momento de felicidad, y amar hasta que duela.



¿Por qué debiese limitarse el placer cuando no se daña a nadie?



La escuela de sexualidad para los adolescentes son esas páginas porno que te venden una performance de sexo lésbico fetichizado, estigmatizado sexo gay y un sexo heterosexual donde siempre es el hombre quien debe terminar complacido. Como no todos tienen la posibilidad de romper este esquema, se convierte en algo tediosos (en particular para las mujeres en relaciones cisheterosexuales), en algo que hay que hacer para satisfacer al novio o la pareja, dejando de lado la parte divertida donde ambas partes dan y reciben placer.



Aprender que el placer no necesita necesariamente de un otre, es un paso hacia la liberación sexual, o hacia la liberación a secas. Aprender que sólo necesito de mí, de mi corporalidad, de mi autoconocimiento, de mis dedos, de mis pensamientos, de mis ganas de disfrutar y de compartirlo con un otre si así lo deseo, es aprender a vivir el placer.



¿Para quién es el orgasmo? ¿Para mí? ¿Para ti? ¿Para quién? Qué difícil es habitar el placer cuando nuestros cuerpos, históricamente, han estado destinados a ser fuente de placer para un tercero.



El primer paso: no ocultar lo que sentimos por no herir a los demás.



Sus amigas le preguntan: "Oye, ¿y te viniste?" La chica dice que no, lo cual lleva otra pregunta: "Oh, ¿y le dijiste?". Ella responde que no, que mintió, que para ella era inimaginable decirle a un hombre que no se había venido, que decir eso podría destruirle la autoestima. ¿Por qué es tan normal fingir el orgasmo entre las mujeres hétero-cis? Quizás quería ponerle fin a la relación sexual y sacarse al hombre de encima. Quizá es lo que decía la amiga: que estaba tratando de no herir. Pensamos que la visión común hoy es que el hombre sexualmente tiene que impresionar, que triunfar. Y este triunfo sería lograr que la otra persona tenga un orgasmo. Fallar en esta "tarea" le quitaría valor. Pensamos también en el "orgasmocentrismo", donde se ve al orgasmo como una meta, que se logra generalmente a través de la penetración, una forma centrada en el placer masculino, dado que somos nosotros, estadísticamente, los que más alcanzamos orgasmos de esta forma. Se ignora así otras formas de placer, muchas escondidas bajo el nombre de "juego previo", más proclives al orgasmo femenino. Más conocimiento, mejor comunicación y la exploración de otras maneras de tener relaciones sexuales, pueden multiplicar el goce en el sexo.



Hay que ponerle stop a fingir. Ya es suficiente de andar pensando que si uno no llega rápido a un orgasmo está mal, que si uno no llega a un orgasmo con penetración está mal, que si no llegas al orgasmo con tu pareja en un cierto tiempo lo vas hacer sentir mal, etc. Las cosas se conversan y la idea es que, de una vez por todas, el foco sea disfrutar, explorar la sexualidad sin presiones, descubrir qué nos provoca placer y qué no, salir de las zonas de confort con juguetes sexuales por ejemplo, ser sinceros con uno mismo y dejar de lado todo lo malo que nos han dicho sobre el sexo, de modo que a la hora de compartir con una pareja sexual no ocurra nada que no quieras.



Generalmente, se habla de vínculos sexo-afectivos desde una perspectiva monógama. No obstante, en los últimos años se han hecho públicas otras formas de relacionarse. Cada vez hay más personas que buscan relaciones abiertas o poliamorosas; personas que se cuestionan las ideas normativas sobre el amor y se preguntan cómo este se construye, cómo se regula, cuál es

la base de la monogamia. Dentro de las comunidades feministas y disidentes es donde más se han cuestionado las ideas de exclusividad amorosa, de pertenencia y posesión, y se han desarrollado nuevas formas de relacionarse que retan la idea convencional del amor romántico como única forma correcta de amar.



¿Es necesario el sexo con sentimiento? Hay quienes, como yo, preferimos tener sexo sin desarrollar una relación sentimental con la otra persona; y hay quienes, como mi amigo, que consideran importante tener una conexión emocional para tener relaciones. Creo que ambas posturas son válidas. Concibo el sexo como una actividad que, primero, debe ser consensuada siempre y, segundo, tiene como finalidad el placer. El placer puede variar, hay gente que solo se siente cómoda con alguien que ya conoce, otros no, pero todos queremos pasar un momento agradable.



Yo creo que el hecho de que sea un hombre trans, de que la vainilla no me apetezca, de que mi cuerpo no encaje en tus estándares de belleza europeos, no te genera desagrado, todo lo contrario: te incomoda el hecho de que te atraiga, pero te mueres por probarlo. Mi cuerpo condiciona mi forma de vivir y condiciona mi forma de tener relaciones. Lo mismo que pareciese dejarme fuera del mercado es, en mi caso, lo que más vende.



Tuvimos una conversación que nunca creí que iba a tener. Planteamos la posibilidad de abrir nuestra relación en caso de que la disparidad del deseo se hiciera insostenible. Fue una conversación muy tranquila, llena de amor y apoyo mutuo. Solo pensaba que tenía el mejor pololo del mundo por pensar en mi bienestar, lo amo mucho. No sé si lleguemos a abrir la relación, quizá nunca suceda, pero por primera vez apareció esa posibilidad en mi vida, y encontré curioso que sucediera justo después de hablar en clases sobre poliamor.



Si alguien te dice que solo quiere sexo, ¿no está acaso teniendo responsabilidad afectiva? Yo creo que sí, que ser claro y directo cuando se trata de este tipo de encuentros es importante para evitar corazones rotos.



A los 14 años salí del closet como “bisexual”, porque había sentido atracción estética por un chico cisgénero, una chica cisgénero y una travesti. Tuve una novia por la que sentía afecto, ella sentía atracción sexual por mí, pero yo no podía corresponderle en ese nivel. Estando en la universidad tuve otra novia. Intentamos de todo, pero yo no me sentía atraída. Me pregunté entonces si alguna vez había sentido atracción sexual por alguien y descubrí que no, que nunca.



La industria pornográfica nos ha hecho creer que el sexo solo consiste en la penetración, que este termina cuando él eyacula y que la mujer solo disfruta de esta forma. Pero la solución no puede ser eliminar a las mujeres de la pornografía, de esta forma igual estaríamos suprimiéndola, representándola, en su ausencia, como un ser desprovisto de sexualidad. Es decir, lo mismo de nuevo.



Son las propias trabajadoras sexuales las que han reivindicado su trabajo. Exigiendo sus derechos como personas trabajadoras, luchando por una regulación que las proteja y resignificando su oficio. El trabajo sexual se reivindica entendiendo que es un trabajo precarizado, igual que muchos otros, y que a veces se hace sin de verdad desearlo, igual que muchos otros.



Nerviosa en la sala de espera del trabajo de sus sueños, está Amanda. Se asoma la cabeza de Olivia Oyarzún, su futura jefa y encargada hoy de hacerle la entrevista. Todo parece marchar estupendamente, hasta que suena una notificación en su teléfono. Olivia revisa el mensaje y le dice: “Usted cumple con todas las competencias necesarias para entrar en esta empresa, pero

colegas me acaban de informar que utiliza Twitter para crear contenido de adultos. ¿Es esto cierto?”, le muestra la pantalla del teléfono donde aparece el su perfil. El mundo se le viene encima. “Pero, ¿es esto relevante, señora Oyarzún? Necesitaba ganar dinero, la pandemia afectó a mi familia económicamente. Por eso recurrí a...” “Suficiente”, la interrumpe Olivia. “Voy a tener que pedirle que salga mi oficina. Debería sentir vergüenza. Es más, debería darle asco.” Amanda sale llorando y cae en cuenta de que el mismo hombre que le había tomado la foto está riéndose triunfante mientras la mira fijamente a los ojos.



Es bien sabido que la industria pornográfica es muy machista. Quizás algo podría solucionarse si las mujeres que trabajan en esta área tuvieran protección legal, fueran merecedoras de derechos laborales. Esto debe ser regulado para asegurar el consentimiento y para erradicar la prostitución y la pornografía infantil. Sin una regulación correcta, entra absolutamente todo en la web.



Las pastillas anticonceptivas no se hubiesen logrado sin el feminismo. Asimismo, la lucha por un aborto libre, seguro y gratuito será imparable.



¿Por qué avergonzarnos de lo que nos gusta? ¿Por qué no de decir la verdad? Si la persona con quien compartimos esos momentos no está dispuesta a escucharnos, ¿realmente vale la pena pasar tiempo con ella? Debemos trabajar en nuestra confianza y capacidad de comunicación para poder vivir aquellos momentos al máximo y aceptar que cada uno de nosotres es diferente, y eso está bien. Vivamos y dejemos vivir, disfrutemos y dejemos disfrutar.



Ahora la pregunta queda abierta: ¿Para ti cómo debería ser el sexo?



Debemos seguir trabajando en redes de información confiable para todas las generaciones, no solo para adolescentes, también para niños y adultos. Porque se tiene la creencia de que los niños no tienen sexualidad cuando la verdad es justamente lo contrario. Y porque los adultos no lo saben todo. Debemos también, explorar nuestros propios cuerpos, cuerpos y cuerpos para descubrir qué cosas nos gustan, ya que todos somos diferentes. Debemos reivindicar el placer femenino. Debemos trabajar por una sexualidad sin violencia, con consentimiento, libre de estereotipos y de juicios, y con muchas más opciones.



¿Será esta gélida ciudad capaz de aguantar nuestra intensidad?

HOMBRES

Dar la mano es algo tan humano, tan básico, tan cotidiano, y aún así me aterra. ¿De dónde viene ese miedo, ese rechazo, ese intento de esquivar que a veces no funciona, esa torpeza? El contacto, sentir mi piel rozando otra piel, el sudor, el apretón y la mirada que la prosigue, juzgando si eres o no hombrecito. Recuerdo haber ensayado en mi mente el dar la mano para que el tío no pensara que era maricón. "Ojalá que salga bien y si no, que por lo menos lo relacione con que soy un niño", pensaba. El saludo ha sido un tema en mi vida y ha afectado mi relación con los demás. Él problema me parece interesante, pero no creo que tenga solución.



"Te toca, Becerra", bramó uno de mis compañeros en tono serio. "Sácate la toalla y muéstranos la tula, a ver si es verdad que los altos la tienen grande". La ansiedad me atacó en cosa de segundos, cerré los ojos y asentí. "*Actúa como hombre, actúa como hombre, actúa como hombre*", repetí tres veces en mi cabeza, mientras me bajaba la toalla para mostrarles mi miembro a los espectadores. "Haz que se te pare, si poh", gritó uno, otro se acercó y comenzó a acariciarme el cuerpo suavemente, mientras todos los demás reían con malicia. "Necesito porno, esta weá no me calienta, si no soy nah maricón", dije tajante. "*Actúa como hombre, actúa como hombre, actúa como hombre*", repetí nuevamente. Un compañero sacó su celular y puso un video de porno heterosexual, el cual que me provocó una erección en segundos. El mismo compañero tomó mi miembro y lo puso junto a una fría regla metálica para medirlo. "Nada mal, Becerra", concluye mi compañero y en cosa de segundos ya no era más el centro de atención. Me dirigí a la sala, al rincón donde estaban mis cosas, me recosté en el pupitre y exploté en llanto.



Te veo desde la ventana como un fragmento de lo que llevo en mi corazón. Eres quien ocupa ese espacio calentito y seguro de lo que me gusta llamar *amor*. Te veo, hablando con tus amigas, trabajando, jugando con la gata, durmiendo, como un trozo del puzle interminable y

desconocido que es tu vida. En innumerables conversaciones, en esas donde abrimos un pedacito de alma, te descubro herido por una ilusión masculina que implantaron en ti. Tus inseguridades y dudas nacen siempre de lo mismo, y se me comprime el pecho cada vez que lo escucho. Eres un hombre que no siempre se siente completo. Un hombre que no para de compararse con los demás. Te escucho y ruego a Dios que me deje viajar en el tiempo. Que me dé el cerebro más grande y lleno de neuronas para construir una máquina perfecta. Así podría desafiar las leyes de todas las ciencias y meterme al agujero de gusano que más rápido me lleve a tu pasado. Quiero ver esa primera vez que te dijeron que “debías ser hombre”. Deseo estar a tu lado cuando te hicieron esa primera broma de los clubs de Toby, los cafés con piernas, los secretos que se ocultan de la mamá. Si estuviera allí, si pudiese materializarme a tu lado, agarraría tus pequeños hombros y alzaría tu pequeño cuerpo y huiríamos de la voz de tu padre. Pero no puedo, se me negó ese tiempo. Y se me aprieta el corazón. Porque no puedo romper a golpes este vidrio y agarrarte la mano y escapar de tu grupo, de tus profesores que saben todo y no hacen nada, y prepararte mi propia sala de clases y extirpar de tu cerebro este daño. No puedo llenarte las manos de plumones de todos los colores y mostrarte en una eterna pizarra blanca el arcoíris de persona que podrías llegar a ser.



Esta persona en cuestión estaba convencida de que yo tenía que tener ganas de hacer esas cosas con ella solo por el hecho de ser hombre. Y cuando le conté a otras personas lo que me había pasado me dijeron que debería estar agradecido. Porque un hombre siempre debe estar listo para tener sexo, especialmente si es con una mujer atractiva.



A mí me han hecho daño muchos hombres, y aún así considero que alejarlos no resuelve el problema. Es cierto que ellos deberían educarse a sí mismos, que como mujeres y diversidades sexuales no tenemos la obligación de enseñarle a nadie. Sin embargo, no tiene sentido alejarlos de los espacios de reflexión.



Tengo familiares, hombres cis, que cada vez que alguien habla de violencia de género o hacia la comunidad LGBTIQ+ reaccionan diciendo que se exagera, que en el 2022 esas cosas ya no existen. Es algo muy fuerte, porque ellos deciden no enterarse a pesar de que cada día hay noticias de violencia, discriminación e intolerancia. Mis primas y yo nos damos el trabajo de explicar, de dar ejemplos. Pero ellos se rehúsan a aceptar la realidad.



Dime qué se sintió ver a tu madre y a tu hermana poner la mesa todos los días, lavarte la ropa, barrer y hacer tu cama. Explícame, nárrame, dime, y yo te cuento lo que viví por ser mujer.



Mi sobrino de nueve años, fue suspendido dos días por conductas violentas. Me sorprendió, aunque en realidad no es tan raro, porque los hombres adultos que lo rodean dicen cosas tales como: "Si alguien te molesta, golpéalo y dejará de molestarte". Cuando me acerque para saber cuál era la historia completa, me conto que unos niños de un curso mayor le quitaron unos *Beyblade* a su mejor amigo, que no se los querían entregar y él lo quiso defender. Los niños entonces tiraron los *Beyblade* al suelo y uno de ellos se rompió. El amigo, al ver el juguete roto, se puso a llorar y los niños comenzaron a reírse y a gritarle "maricón", por lo que mi sobrino procedió a ir y golpear a uno en la cara.



Quien tiene más fuerza física es mejor, quién está con más mujeres es mejor, quién es más alto, quién tiene más vello, quién llora menos, quién demuestra su amor menos, quién hace mejores asados, ese es el mejor hombre, el merecedor de más respeto. Pero, ¿qué pasa con los hombres que no cumplen con esos estereotipos? O, ¿qué sucede si una mujer destaca más en esas cosas que los hombres que la rodean? Ah, eso sí es inaceptable.



Tú no eres el protagonista aquí. Lo fuiste por muchísimo tiempo, ahora nos toca a nosotras. Entiende. No se trata de que nos acompañes a marchar, podemos hacerlo solas, debemos. No

se trata de que expreses compasión. En verdad, no se trata de ti. Eso es lo primero, no se trata de ti, se trata de mí y mis compañeras. Se trata de que seas capaz de revisar tus acciones, el machismo incorporado. Se trata de tomar la decisión política de despatriarcalizarte, de denunciar la desigualdad y la discriminación en todas sus formas, aunque eso signifique reconocer y abandonar algunos de los privilegios que te fueron otorgados por tener pene. Se trata de un ejercicio de desarticulación del poder que oprime a las mujeres, situándonos, junto a otras subjetividades, en la parte inferior de la jerarquía social. Se trata de un ejercicio de deconstrucción que se da en lo cotidiano, en el fuero interno, en la consciencia de lo que se hace y lo que se dice. Precisa de revisión crítica de ti mismo para reducir el machismo, para intentar erradicarlo, aún reconociendo la dificultad. Se trata de trabajar, continuamente, en desmontar este sistema patriarcal, desde tus posibilidades, en tu persona y en quienes te rodean. No necesitamos de grandes acciones, necesitamos reflexiones que movilicen acciones constantes y conscientes. Necesitamos que practiques, no que prediques, eso no nos sirve. Necesitamos que te eduques, que preguntes, que estés dispuesto a escucharnos, aunque probablemente nunca entiendas nuestra vivencia porque estamos en posiciones sociales distintas. Se trata de entender que no te estamos atacando, esto no es contra ti. Se trata de replantearte tu masculinidad, de preguntarte qué es ser hombre aquí y ahora. Se trata de preguntarte acerca de cómo apoyar la lucha pero también de hacer algo con las respuestas. Junto con todo esto, se trata de que dejes de creer en un Dios que es hombre y opresor.



Mi profesor comentó: "En estos días ser hombre es muy difícil". Me impactó que alguien que sabe perfectamente que existen personas con privilegios, no se dé cuenta de los propios.



Él siempre fue más delicado, le gustaban el arte y vestirse bien, no era fan de los deportes y expresaba abiertamente lo que sentía. Al parecer todo esto era un problema, muchísimas veces me preguntaron si yo estaba segura de que él no era gay, me decían que a lo mejor estaba conmigo solo para disimularlo. Invalidaban su manera de ser hombre y de ser heterosexual, solo porque no era típicamente masculino, porque estaba descubriendo su identidad e intereses,

porque no era un hombre agresivo. Me apena mucho que nuestra sociedad no respete a los hombres, que les exija ser algo que no son para poder ser parte del cuadrado en que vivimos.



Es interesante como los hombres se han posicionado tan encima de la pirámide social, que se creen con derecho a opinar sobre el aborto. ¡Si ni siquiera podemos abortar! Antes deberíamos hacernos cargo del abandono paterno, porque esa conversación sigue pendiente. Cuando viven en la misma casa pareciera haber un límite en el rol de padre: es el que saca a jugar, el que cambia pañales cuando le piden, el que llega del trabajo y le dedica cinco minutos al bebé. Y hay mil versiones del padre ausente. Está el que nunca apareció y que morirá sin conocer la cara de sus hijxs, el que llega a cumpleaños y te saca una vez al mes (siempre que pueda), el que solo está monetariamente y para nada más. Que un hombre se haga cargo no lo vuelve un buen padre, simplemente hace lo que debe. No es motivo para celebrarle o aplaudirle. Sin embargo, es mucho más probable escuchar a hombres hablando del aborto que del abandono paterno. Aunque abandonar al hijx es abortarlo de tu vida.



Graves es un hombre de casi cincuenta años, con voz profunda y actitud tosca. Graves es un personaje del videojuego *League of Legends*, de musculatura ancha, barba y bigote extensos, de poca higiene y mal hablado. Graves, el que parecía ser el prototipo del hombre heterosexual, salió del clóset como hombre gay. Desde hace un tiempo había ya personajes lésbicos en el juego, pero esto fue distinto. Aprendí que en las comunidades de videojuegos, las lesbianas, si son bonitas, si tienen caderas anchas, rostros finos y pechos grandes, servirán para el consumo masculino, pero, ¿un gay?, ¿de qué le sirve a esos jugadores de LOL que Graves sea gay? “Arruinaron al personaje”, “que asco”, “inclusión forzada”, “no pienso jugar con un maricón”, son algunos de los comentarios que recuerdo. Probablemente hacer a Graves gay fue una estrategia de marketing, aún así me alegra que hayan vuelto gay a un ícono de la masculinidad. Al menos apela a las ideas que estos jugadores tienen acerca de lo que es ser un “verdadero hombre”. Y eso los hará enojar, porque les hará dudar, y no hay cosa que le duela más a un hombre que algo que lo haga dudar de su hombría.



Solo nos queda intentar construir masculinidades más habitables. Y si bien que yo misma estoy eligiendo educar a quienes se benefician de mi opresión, quiero creer que de esta forma estoy ayudando a un cambio.

VIOLENCIA

Esta mujer fue azotada por un mundo y una época que te intentaba quitar lo maricón a golpes.



Queridx compañerx, el día que presentaste tu caso, comprendí y me dieron ganas de abrazarte. La violencia en una relación, la manipulación, la agresividad, el hostigamiento y el acoso, son cosas que, lamentablemente, yo también he vivido. Encontré muy valiente de tu parte poder compartir tu experiencia con personas que no forman parte de tu día a día. Te admiro por eso, yo no sé si hubiera podido. Pensé en comentarte estas cosas cuando se pidió alguna resonancia, pero no pude. Ahora tengo la posibilidad. No sé qué te falta por superar ni si aún te sigue doliendo, pero si es así, créeme que lo que importa hoy es el reconocimiento hacia ti mismx por haber salido “a tiempo”. Lo lograste y yo también lo logré.



Como si ser mujer no fuera suficiente, y que nos maten por ello, ser mujer dentro de la comunidad LGBTQ+ hace aún más común este destino trágico.



Nomi es una mujer transgénero. Lamentablemente, luego de que decidiera ser ella misma, muchas puertas se le cerraron. La familia decidió no pagarle más la universidad y la despidieron del trabajo ya que daba una mala imagen en el equipo. Supe que estaba trabajando como prostituta en el sur de Chile. *De algo hay que ganarse la vida, guachito*, me decía. Supe que entre dos hombres intentaron violarla, que la golpearon con un fierro en la boca y que ese ataque la obligó a dejar las calles de Valdivia. Supe que fue a hacer una denuncia y que los pacos se burlaron de ella. Supe era que estaba pidiendo dinero en la calle, donaciones por transferencia. Vivía en una casa okupa con otras travestis y transexuales. Pasó el tiempo. Luego del triunfo de Boric volví a saber de ella. La vi caminando dentro de mi universidad, radiante, feliz y

empoderada como antes. Me acerqué corriendo a abrazarla. Ahora estaba bien. Estaba estudiando y asistía a charlas de identidad de género y disidencias.



Conocí a Helena el 2016. Estaba ordenando unas cajas en la pequeña bodega sin ventilación del cuarto piso de la tienda. Después de eso, solo la vi en ese lugar. Nunca bajaba a atender al público y se mantenía alejada de la mayoría de los trabajadores. Tiempo después la vi llorando en el baño de hombres, mientras discutía con el presidente del sindicato de trabajadores. Gerencia y las trabajadoras no le permitían entrar al baño de mujeres. Esa noticia se propagó por toda la tienda, generando burlas y comentarios que lograron que su jefatura directa la siguiera manteniendo aislada en la bodega. Cuando se acercaba la temporada de *Halloween*, la tienda buscaba formas de llamar la atención de la clientela. Una de estas era sacar a Helena de su escondite, proponerle un disfraz *drag* e invitarla a bajar a la tienda a mostrar su maravilloso arte, como atracción. Luego de cumplido el cometido, la volvían a encerrar. Hasta que no pudo más y renunció. Unos años después, entró a trabajar Mateo, un chico trans, tranquilo, introvertido. Rápidamente se transformó en un rostro para la tienda. Todas las semanas aparecían gerentes de otras sucursales para felicitarlo por su valentía. Un día hasta llegaron con cámaras, querían que contara su experiencia, que dijera que sus compañeros lo aceptaban y la jefatura le facilitaba la vida. Se convirtió en una atracción, no lo dejaban trabajar en paz. Había días en que se escondía en la bodega para evitar a un gran gerente dándole felicitaciones. Hasta que no pudo más y renunció.



Todos se llenaban la boca hablando del gay que mataron los nazis. Mi abuelo decía que se lo merecía, que los maricones no debían existir. Mi papá, que se lo estaba buscando al andar mostrando que era gay. Mi mamá y mi abuela, que quizá había sido culpa de él, que quizá Daniel había tratado de aprovecharse de los atacantes y por eso lo golpearon. Yo no sabía lo que era una esvástica, o lo que era un nazi. Tampoco entendía bien lo que era un gay. Pero, me preguntaba: ¿Que tan malos pueden ser los gays como para merecer tanto daño? ¿Que crímenes

tan horribles cometen? Nadie me dijo que el único pecado que había cometido Daniel Zamudio era amar a otros hombres. Que el hecho de que amemos diferente implica un riesgo mortal.



Siempre me he preguntado por qué lo hiciste. Evidentemente, nunca tendré una respuesta de tu boca. Ya no la necesito, pero aun así seguiré dándole vueltas a esa incógnita y adjudicándole respuestas. El día de hoy mi respuesta es la siguiente: la masculinidad, el machismo, el patriarcado. Sobre todo la masculinidad, tu masculinidad. Porque tocar a una mujer te habrá hecho automáticamente más masculino, ¿no? Porque se lo habrás contado a tus amigos, y ellos te habrán felicitado por haber manoseado a una niña. Quizás te preguntaron cómo había sido. Y de tu boca habrán salido cosas abominables. Habrás descrito cómo era mi cuerpo, mis genitales, mis pechos. Y tus amigos se habrán sentido celosos, y a ti se te habrá hinchado el pecho de orgullo, con tu masculinidad más firme que nunca. Yo era una niña, no tenía idea de lo que estaba pasando. Pero eso qué importaba, ¿no? Estabas tan desesperado por reafirmar tu hombría. Quiero decirte que nunca te voy a perdonar. Porque no creo en el perdón, y no me importa llevarme el rencor hasta la tumba. Sin nada más que agregar, solo que te deseo que te pudras en el infierno.



Investigando el porqué de las violaciones sistemáticas, en sus entrevistas con presos por violación, Rita Segato descubrió que muchos de ellos no contaban con un vocabulario que les permitiera reflexionar y desarrollar un sentido de la responsabilidad sobre sus actos. Luego concluye que ni el punitivismo estatal ni linchamiento social son soluciones reales al problema de la violencia contra las mujeres. Y que la mejor manera de eliminar el “patrón patriarcal del poder” es atacar aquellas agresiones normalizadas en la base de la sociedad, que no son tipificadas como crímenes por la justicia.



Una persona abusadora no sale de la nada y, de la misma manera, no cambiará de la nada. No quiero decir con esto que deban justificarse los actos del abusador, sólo que la acción concreta es necesaria. De lo contrario, ¿cómo sabrá cuál fue la magnitud de su error?, ¿cómo comprenderá el daño que provocó?, ¿es posible que entienda que debe arrepentirse? Excluirlo es también darle la chance de que empiece de nuevo ignorando su pasado. Un acompañamiento, en cambio, lo obligará a reflexionar sobre lo acontecido. Quedarse a su lado, pero abriendo constantemente la conversación de por qué lo que hizo es inaceptable, porqué sus acciones tuvieron las consecuencias que tuvieron. Ahora, ¿quién hace eso? No se puede esperar que una persona cualquiera se ofrezca a arreglar el problema, así por caridad. Menos debe esperarse que sea la víctima quien se haga cargo. En lo personal, creo que debe ser una profesional preparada, una persona dispuesta a ponerse del lado del "malo/a/e", pero con la víctima siempre en mente.



Sé lo que son las funas porque me lo explicaron mis compas el primer día de clase, pero allá en Barcelona no existe este término ni tiene una traducción literal. A pesar de lo poco que sé, me gustaría ofrecer una opinión acerca del debate que envuelve las funas y de cómo podría funcionar esto en Barcelona. En primer lugar, creo que exponer socialmente a una persona que ha cometido abuso o una agresión es una herramienta útil. Esto puede producir que personas funadas sean expulsadas de ambientes y espacios, y por ende estos se vuelvan más seguros. En segundo lugar, según lo que tengo entendido, es la persona agredida la que emprende la funa, por lo que le puede ser útil para superar la agresión. Es algo que ha elegido, y que nadie le ha obligado a hacer, por lo que lo percibo como algo empoderante para la víctima. Por último, como aspecto negativo, el aislamiento tan radical del agresor puede hacer difícil su reinserción social. Estaría bien que quizás la persona funada tuviese una red de apoyo psicológico para comprender la profundidad de los hechos y evitar así volver a repetirlos.



La cultura de la cancelación está llegando a niveles donde puede destruir vidas. Queremos un mundo más libre, justo y diverso, y en el camino construimos una cultura autoritaria, que busca

controlar todas las áreas de las vidas de las personas, haciendo desaparecer a los opositores. No apoyo los discursos de odio, pero creo que destruir socialmente a una persona, o acallar su voz, no es solución a nada. Los discursos de odio se deben combatir con argumentos, movilización, activismo, política y creatividad.



¿Cuántos compañeros han sido asesinados, porque las leyes morales de algunos son hechas pasar por leyes naturales?



Hay personas trans que no se atreven a salir del closet, porque la sociedad en que vivimos no es un espacio seguro. ¡Imagínense lo que puede pasar si se topan con alguien tan violento como Gonzalo de la Carrera!

RESISTENCIAS COLECTIVAS

Chile, 1984, dictadura militar, opresión y muerte. A pesar del miedo que se respira en el aire, un pequeño grupo de lesbianas feministas alzan la voz. Susana Peña, Cecilia Riquelme y Carmen Ulloa gritan el nombre de Mónica Briones, su amiga asesinada en un crimen lesbofóbico. Exigen justicia, para ella y para otras, y crean la primera organización lésbica, la agrupación Ayuquelén (en mapudungun, *la alegría de ser*). “La alegría de ser libres, de vivir en paz”, dice Susana Peña. A partir de 1987, a propósito de una entrevista en la revista APSI, las Ayuquelén logran notoriedad pública. Declaran que ser lesbianas no es un defecto, sino una decisión, y que el lesbianismo público es un asunto político, un instrumento para la protesta social. Esto produce molestia, enojo y descontento de la elite, incluso de movimientos de izquierda no están de acuerdo con sus dichos o temen una represalia. Pero la revista recibe cartas de muchas mujeres agradeciendo la valentía de visibilizar lo que ellas callaban. Esta es la historia de tres amigas que, desde el enojo y la tristeza, fueron pioneras del movimiento lésbico en Chile, abriendo la puerta para las que vendrían detrás.



Conocido es el discurso de: “Que hagan lo que quieran, pero de la puerta para adentro”. Es decir, se acepta al homosexual bajo ciertos determinados criterios, como la discreción. Entonces dijimos: ¿No nos dejan besarnos por ser una pareja gay? Pues bien, ahora estamos solos, pero convocaremos a un montón de personas disidentes, de identidades, orientaciones y expresiones diversas, para constituir una resistencia. Y nos besaremos aquí, públicamente. Eso es todo: nos besaremos sin pedir permiso. Será un acto pacífico, pero que a la vez busca incomodar, romper con lo aceptable, tensionar y ocupar el espacio público.



En el colegio comenzaron mis ganas de hacer activismo de la manera que fuese. Hablar aún me asusta, me genera un nudo en el corazón decir lo que siento y lo que quiero, es un sentimiento

como de ser acechado, como de un ciervo corriendo del cazador. Pero estos años de correr me han enseñado las mejores estrategias.



El feminismo me hizo despertar del sueño heteropatriarcal en el que estaba inmersa.



Despierto, tomo el celular y veo la fecha: 8 de marzo. Me levanto, me baño, como algo y subo a buscar mi pañoleta verde. Camino a juntarme con mis amigas, recuerdo todas aquellas veces en las que entre todas nos dijimos: "Por favor avísame cuando llegues". "Mándame tu ubicación en tiempo real, por si algo te pasa camino a casa". "No te vayas caminando sola". Sin embargo, ese día en específico no sentía ese temor, sabía que estaría más acompañada e invulnerable que nunca, sabía que estaría a salvo con mis compañeras. Me siento agradecida con el feminismo por formarme una visión más crítica de la sociedad en la que estoy inserta y, sobre todo, por demostrarme lo relevante que pueden llegar a ser nuestras acciones para lograr los cambios que queremos ver en el mundo y en nuestras vidas.



El neoliberalismo tiene una gran capacidad de desactivación de movimientos y luchas sociales. ¿Cómo lo hace? Desconociendo la interseccionalidad de los problemas y convirtiendo las identidades en productos de consumo, para así quitarles la fuerza o el carácter subversivo.



Hablamos sobre las muchas formas que existen de dar visibilidad al colectivo, que no es lo mismo hacer una película con una buena representación de una experiencia LGBTIQ+ que fabricar millones de camisetas con motivo del orgullo.



En mi opinión, el término disidencia es algo netamente político. Cuando lo aprendí, lo hice en clases de historia, donde nos hablaron sobre la revolución rusa y cómo se persiguió a los

disidentes políticos. Entonces, cuando en la clase leímos el artículo de la propuesta de la constitución: *"Igualdad sustantiva de mujeres, hombres, diversidades y disidencias sexuales"*, me generó mucha disconformidad puesto que incluir la disidencia sexual en un texto como la constitución, símbolo máximo de la institucionalidad del Estado, le quita el carácter subversivo a las luchas anti-patriarcales y las convierte en algo estático, escrito en piedra.



Hace cuatro años atrás, cuando comencé a adentrarme en el mundo del activismo LGBTQ+ no lograba entender por qué había una contramarcha para el día del orgullo en Chile. Al principio pensé que quizás se trataba de una marcha homofóbica, que solo buscaba molestar a quienes marchaban en paz aquel día de junio. Pero no era así, era otro grupo de personas pertenecientes a la comunidad. "Qué tontera", pensé en ese momento, llena de ignorancia, "esto solo sirve para separar al movimiento". Luego entendí que la contramarcha, además de denunciar la homofobia, reclamaba también por el machismo, el clasismo, la lesbofobia y la transfobia, especialmente dentro del movimiento homosexual liderado por hombres cis blancos de clase alta. Era una marcha completamente interseccional, la cual, en vez de concentrarse en cuestiones tales como la aprobación del matrimonio igualitario en Chile, pedía verdaderas políticas públicas que castigaran y contrarrestaran la discriminación hacia las disidencias sexuales. En especial hacía aquellas pertenecientes a los sectores populares de nuestra sociedad. *Porque ser gay ABC1 es muy distinto a ser trans y pobre, se leía en los panfletos. O: Porque nuestras prioridades son diferentes, yo voy a la otra marcha.*



Mis primeros acercamientos al feminismo fueron sola, a través de redes sociales. Me sentía confundida respecto de la terminología y las teorías, pero comprendía muy bien los relatos que hacían las mujeres de sus experiencias con la misoginia.



Conocí el feminismo Cuando tenía 16 ó 17 años y, junto a ello, debí cuestionar el mundo. El feminismo me abrió la posibilidad de impugnar mis creencias, pensamientos y acciones; me dio

un giro y me permitió ver las cosas desde otra perspectiva. Entre los 16 y los 17 años comencé a valorar mucho más a mis amigas y compañeras; forjé lazos que sólo se tejen entre personas que se identifican con el género femenino; encontré con ellas experiencias y sensaciones en común; me sentí abrazada y comprendida. Sentí la tristeza porque tantas hayamos tenido que pasar por lo mismo y la felicidad de saber que nos tenemos unas a otras para apoyarnos. Es una mezcla de emociones mirar a mis amigas, a mi madre, a mis compañeras, a mis hermanas, pensarme como mujer en esta sociedad dominada por los hombres. Pero las mujeres y las disidencias que me rodean me llenan de energía, de esa que te recompone y te sana un poquito las heridas. Cada día las quiero más, me enorgullece saber que estamos juntas en la lucha y que somos un montón.



El feminismo me ayudó a darle nombre a lo que me hacía sentir incómoda en el mundo y despertó en mí un interés crítico que me invitó a reflexionar, a cuestionar y a aprender.



El feminismo me cambió la vida.

AUTORXS

ALONDRA VIDAL

ANDRÉS BECERRA

ANGIE JARA

ARI BOLAÑO

BARBARA BRODEUR

BEATRIZ SOTO

CONSTANZA VAZQUEZ

DAN CAZENAVE

DANIELA POBLETE

ELIANIRA RIVEROS

NANDO CALDERÓN

FLORENCIA CAMUS

GABRIELA VALENZUELA

IAN JERIA

ISIDORA ESPARZA

JAVO ARIAS

KATALINA KUPFFER

LEONOR HERNANDEZ

LUKAS JAMET

MARÍA ESTELA ARIAS

MARÍA IGNACIA MADRID

MARÍA IGNACIA MONRÁS

MILLARAY ALBORNOZ

NAHUEL FERNANDEZ

PEDRO URRA

SOFÍA PALOMERA

TIMI REYES

VALENTINA ROBLE